El mostrador de las excusas

Obra original de Shyvirelle

Ficha de montaje

Género: comedia de un acto, dividida en tres escenas continuas. **Duración orientativa:** 10 a 14 minutos, según ritmo, pausas y movimiento escénico; no comprobada mediante ensayo. **Espacio:** un taller de bicicletas. **Reparto exacto:** tres personajes.

- **INÉS:** reparadora de bicicletas. Trabaja deprisa, recuerda todos los encargos y le cuesta decir que no.
- **LEO:** cliente con prisa, una pieza averiada en un sobre y la convicción de que la urgencia debería cambiar el reloj.
- **SIMÓN:** vecino del barrio. Tiene una bicicleta que funciona y una conversación pendiente.

Utilería: mostrador, varias cajas ligeras y vacías, etiquetas grandes, rotulador, reloj visible o imaginario, un sobre con una pieza de utilería que represente una maneta de freno dañada, libreta, bolígrafo y una bicicleta inmóvil sobre un soporte seguro. La bicicleta permanece quieta durante toda la representación. Ningún personaje hace reparaciones reales ni necesita montarla. Las cajas se sitúan de manera que nunca bloqueen las salidas de los actores.

Escena 1. El turno de las promesas

Un taller pequeño. Casi todo el mostrador está ocupado por cajas de distintos tamaños. Algunas dicen «VUELVO EL JUEVES», «EN UN RATO», «CASI SEGURO» y «LA SEMANA QUE VIENE». A un lado, una bicicleta inmóvil descansa sobre un soporte. INÉS intenta encontrar un espacio libre para escribir en su libreta. Cada vez que mueve una caja, descubre otra etiqueta debajo.

INÉS.— Jueves. El jueves de quién, me pregunto. Este papel lo escribí hace tres meses. También era jueves entonces. Qué día tan trabajador, el jueves. Siempre está viniendo y nunca llega.

Separa una caja. Encuentra otra, diminuta.

INÉS.— «Paso mañana sin falta». Claro que sí. Mañana es el mejor cliente que tengo. Nunca se queja, nunca paga y ocupa un metro cuadrado.

Entra LEO con un sobre y mucha prisa.

LEO.— Buenos días. Vengo a que me arregle la bicicleta ahora mismo.

INÉS.— Buenos días. ¿Dónde está la bicicleta?

LEO.— Fuera, atada a la baranda. Le he traído la pieza para ahorrar tiempo.

INÉS.— Empezamos bien. La bicicleta ahorra espacio y usted trae el problema en un sobre.

LEO.— La maneta del freno está dañada. Tengo que llegar a una entrevista. Es importantísima. Me quedan cuarenta minutos.

INÉS.— Para llegar a una entrevista, cuarenta minutos pueden ser pocos. Para conseguir una pieza compatible que no tengo, también.

LEO.— Todavía no ha mirado el sobre.

INÉS.— Y usted todavía no ha mirado el mostrador. Aquí descansa toda la gente que dijo «solo será un momento».

LEO.— ¿Son encargos?

INÉS.— Son promesas. Los encargos ocupan menos. Estos ocupan sitio porque nadie vino a recogerlos.

LEO.— Pues yo sí he venido. Soy la prueba de que existe un cliente puntual.

INÉS.— Usted no viene a recoger nada. Viene a pedir que el tiempo de los demás se vuelva suyo.

LEO.— Es una entrevista de trabajo.

INÉS.— Eso sí es importante. Abra el sobre.

LEO abre el sobre y deja la pieza sobre el único espacio libre del mostrador. INÉS la observa sin intentar montarla.

INÉS.— Esta maneta está dañada. No se soluciona prometiéndole que mañana estará mejor. Necesito la pieza correcta y revisar la bicicleta antes de darla por segura.

LEO.— ¿Tiene alguna parecida?

INÉS.— Tengo muchas cosas parecidas. También tengo un paraguas parecido a un murciélago. Ninguna de las dos semejanzas me ayuda a frenar.

LEO.— Seguro que puede hacer algo. Los buenos talleres encuentran soluciones.

INÉS.— Los buenos talleres también dicen cuándo no tienen la solución. Pero espere, quizás pueda mirar el inventario.

INÉS busca su libreta bajo una caja. Levanta dos; otra se desliza sin caerse. Entra SIMÓN, con las manos vacías.

SIMÓN.— Buenos días. Vengo por mi bicicleta.

INÉS.— ¡Una recogida! Leo, observe. Los libros hablaban de esta especie, pero yo pensaba que estaba extinguida.

LEO.— ¿Cuánto tiempo lleva aquí?

SIMÓN.— Poco.

INÉS.— Cincuenta y tres días.

SIMÓN.— En tiempo de taller, poco.

INÉS.— En tiempo de alquiler, bastante. Su bicicleta ocupa el sitio donde debería estar mi banco de trabajo.

SIMÓN.— Sí. Ya veo que el banco se ha convertido en un barrio de cajas.

LEO.— Si su bicicleta está arreglada, llévesela. Yo necesito ese espacio ahora.

SIMÓN.— Eso he venido a hacer.

SIMÓN mira su bicicleta. No se acerca a retirarla.

INÉS.— Qué frase tan bonita. ¿Le preparo una etiqueta que diga «He venido a hacer»?

Oscuro breve opcional, sin cambio de decorado.

Escena 2. El inventario de los casi

Luz. Los tres permanecen en el taller. INÉS ha recuperado la libreta. LEO mira el reloj. SIMÓN se distrae leyendo las etiquetas.

LEO.— ¿Hay una maneta para mi modelo o no?

INÉS.— En el inventario no aparece. Tendría que confirmar disponibilidad de una pieza adecuada. No voy a ponerle una cualquiera para que llegue rápido y no pueda detenerse.

LEO.— Yo solo necesito llegar a la entrevista.

SIMÓN.— Podría ir caminando.

LEO.— Gracias. Lo tendré en cuenta cuando abra un taller de piernas.

SIMÓN.— Ahí las piezas de recambio también son complicadas.

INÉS.— Por favor, no funden otro negocio encima de mi mostrador. Ya está muy ocupado.

SIMÓN lee una etiqueta.

SIMÓN.— «Vuelvo cuando cobre». Esta es mía.

INÉS.— Ah, así que la reconoce. Pensé en ponerla en el calendario, pero no cabía ninguna fecha.

SIMÓN.— He cobrado.

INÉS.— Felicidades. Eso significa que se lleva la bicicleta hoy.

SIMÓN.— Sí. Claro. Solo quería preguntarle… ¿cómo ha estado el barrio?

LEO.— ¿El barrio? ¿Ahora hablamos del barrio?

SIMÓN.— Hablamos mientras ella prepara el recibo.

INÉS.— El recibo lleva cuarenta y tres días preparado. Está debajo de la caja que dice «SOLO UN SEGUNDO». La ironía no se cansa nunca.

INÉS busca el recibo y lo encuentra. SIMÓN, en lugar de tomarlo, mueve una etiqueta.

SIMÓN.— ¿Sigue viniendo gente a conversar?

INÉS.— Gente viene. Conversar, lo que se dice conversar, me llegan frases como «para ayer», «lo antes posible» y «es una cosita». Una vez un señor me dijo que el ruido de su rueda era «un ruido silencioso». Tardé una semana en descubrir que hablaba del timbre.

LEO.— Estoy empezando a pensar que vine al único taller del mundo que no repara bicicletas.

INÉS.— Reparo bicicletas. Ahora mismo estoy intentando reparar mi horario. Tiene peor diagnóstico.

SIMÓN.— Antes, su padre se sentaba ahí con la puerta abierta. La gente dejaba la bicicleta y se quedaba un rato.

INÉS.— Mi padre cerraba a las seis y decía que no a las seis y un minuto. Por eso tenía tiempo de escuchar historias. Yo cierro a las seis y a las siete todavía estoy escribiendo «sí, enseguida».

SIMÓN.— Yo vine la primera vez por una rueda torcida.

INÉS.— Y quedó arreglada.

SIMÓN.— Sí.

LEO.— Entonces, ¿por qué sigue la bicicleta ahí?

SIMÓN.— Porque... si me la llevaba, ya no tenía motivo para volver.

INÉS y LEO lo miran. SIMÓN trata de recolocar una etiqueta que estaba perfectamente recta.

LEO.— ¿Ha dejado una bicicleta cincuenta y tres días para tener una excusa para saludar?

SIMÓN.— Dicho así parece un sistema caro.

INÉS.— Podía entrar a saludar sin bicicleta.

SIMÓN.— Eso pensaba hacer. Pero la última vez que pasé estaba usted atendiendo a tres personas. Dije que recogería la bicicleta otro día. Y luego otro. Y se me hizo más fácil venir por una cosa que decir que quería hablar.

INÉS.— Podía preguntarme si tenía cinco minutos.

SIMÓN.— Supuse que no los tenía.

INÉS.— A veces no. Pero me habría gustado que me lo preguntara.

Se produce un silencio corto. LEO lo interrumpe con discreción insuficiente.

LEO.— Yo sí tengo una pregunta con respuesta rápida: ¿puede arreglar mi bicicleta antes de que salga de aquí?

INÉS.— No. Sin la pieza adecuada y sin revisar el montaje, no.

LEO.— Al fin una palabra que llega a tiempo.

SIMÓN.— Y no ocupa caja.

INÉS.— Me han costado años aprenderla.

Escena 3. Horas de verdad

INÉS aparta las cajas y deja visible una franja del mostrador. Coge un rotulador y la libreta. La bicicleta sigue quieta.

INÉS.— Vamos a hacer algo raro en este taller: fijar fechas que signifiquen fechas. Simón, su bicicleta está lista. Puede recogerla hoy antes del cierre o mañana a las cinco y media. Elija.

SIMÓN.— Mañana a las cinco y media. Hoy vine sin cómo llevarla.

LEO.— Se supone que una bicicleta se lleva... andando junto a ella.

SIMÓN.— Vivo cuesta arriba. Y hoy llevo zapatos que me aprietan. No se ría. También son una excusa, pero al menos son verdaderos.

INÉS.— Mañana a las cinco y media. Si no viene, lo llamo y acordamos qué hacer con el espacio. No se queda aquí otro jueves eterno. ¿De acuerdo?

SIMÓN.— De acuerdo.

INÉS.— Y si lo que quiere es conversar, venga el sábado a la hora en que tomo café. Podemos hablar veinte minutos. Sin dejar ningún vehículo de garantía.

SIMÓN.— ¿Puedo traer galletas?

INÉS.— Las galletas no llevan número de serie. Se aceptan.

LEO.— Qué eficiencia. En dos minutos ha creado una cita para conversar y otra para retirar. ¿Y mi bicicleta?

INÉS.— Le propongo revisar el modelo exacto y pedir presupuesto para la pieza cuando tenga la información. Puedo darle una cita para el diagnóstico el jueves a las cuatro. No prometeré la reparación hasta comprobar el recambio.

LEO.— El jueves. Otra vez el jueves.

INÉS.— Este jueves tiene fecha. No es el pariente de las cajas.

SIMÓN.— Y mientras tanto, la entrevista…

LEO.— Ya lo sé. Caminando. Mi urgencia no fabrica una maneta. Se ha vuelto el lema de mi mañana.

INÉS.— No es un gran lema, pero al menos es seguro.

LEO.— ¿Me presta el rotulador?

INÉS se lo entrega. LEO escribe en una etiqueta vacía y la coloca en el borde del mostrador. INÉS la lee.

INÉS.— «VOLVERÉ SI ME CONTRATAN». ¿Qué hago con esto? No le he prometido una caja.

LEO.— No es un encargo. Es para contarle cómo terminó la entrevista, si le interesa.

SIMÓN.— Eso se llama conversar.

LEO.— Empiezo a entender el negocio.

INÉS.— Si vuelve, que sea sin exigirme una reparación imposible. Y llame primero, por favor.

LEO.— Trato hecho. Pero quiero dejar constancia de una queja.

INÉS.— ¿Cuál?

LEO.— He perdido más tiempo discutiendo para que me arreglen la bicicleta que si hubiera empezado a caminar hace un cuarto de hora.

SIMÓN.— Es una observación técnica impecable.

LEO guarda la pieza dañada en el sobre, comprueba que no haya olvidado nada y se dirige a la salida.

LEO.— Me voy. Caminando. Si alguien pregunta, este taller me reparó las expectativas.

INÉS.— La factura por ese servicio todavía está en discusión.

LEO sale a pie. Se oye el sonido de sus pasos alejándose. INÉS mira el espacio recuperado en el mostrador.

SIMÓN.— Ahora sí cabe la libreta.

INÉS.— Y quizá un vaso de agua. No pidamos milagros.

SIMÓN.— ¿Puedo dejar aquí las galletas el sábado?

INÉS.— El sábado puede traerlas. No dejarlas hasta el sábado. Es una distinción pequeña, pero hoy he decidido aprenderla.

SIMÓN.— Entendido. Mañana a las cinco y media por la bicicleta; sábado, café y galletas. Dos citas de verdad.

INÉS.— Dos. Ni una promesa más.

SIMÓN va a salir, se detiene y observa la bicicleta inmóvil.

SIMÓN.— ¿Y si mañana llueve?

INÉS levanta lentamente el rotulador. SIMÓN se apresura a cruzar la puerta.

SIMÓN.— Vendré igual. Hasta ma□ana.

INÉS.— Hasta ma□ana.

INÉS escribe en una etiqueta nueva: «SI LLUEVE, TAMBIÉN». La coloca sobre la bicicleta, no sobre una caja. Luego retira del mostrador una de las viejas promesas, la mira y la guarda en un cajón destinado a los pendientes que habrá que resolver. La luz baja. La bicicleta no se ha movido.